

**TRES GAVIOTAS EN
LA PIEL**

Eliécer Cárdenas

**TRES GAVIOTAS EN
LA PIEL**

Novela



ESQUELETRA
editorial

Tres gaviotas en la piel

© Eliécer Cárdenas, 2017

© Eskeletra Editorial, Quito, 2017

Dirección Editorial: Ramiro Arias

Diagramación: Nieves Egoavil

Diseño portada: Alfredo Ruales

Eskeletra Editorial

12 de Octubre y Roca (esq.)1 piso Ofic. 102

Telefax: 2556691 / Casilla postal 164-B Quito

E-mail: eskeletra@hotmail.com

Web: www.eskeletra.com

ISBN: 978-9978-16-276-7

Todos los Derechos Reservados

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio electrónico, mecánico, fotoóptico, o cualquier otro sin la autorización escrita de la editorial.

Imagenpress. S.A.

Impreso en Ecuador

*La historia tampoco es
la devastadora niveladora que mentan.
Deja pasos bajo nivel, criptas, agujeros
y escondrijos. Algunos sobreviven...*

Eugenio Montale

*Nuestra imagen de la felicidad
está indisolublemente unida
a la imagen de la redención...*

Walter Benjamin

*Especial agradecimiento a
Ángel Ortiz*

UNO

Antes de salir de casa para ir a la universidad, Carolina guardó en el bolso la pequeña pistola que su novio Aldo le había entregado la víspera, como un extraño presente que iría en algún momento a necesitar: nadie podía saber en qué terminarían las elecciones para las nuevas autoridades universitarias.

“Los de FIRMES tenemos la misión de joder las elecciones”, le había recordado Aldo al entregarle el arma. ¿Sabía cómo disparar, verdad? Ella asintió con un ligero movimiento. El cabello crespo y alborotado de él le daba cierto aire de un héroe antiguo, pensó Carolina. Ella militaba en FIRMES desde el curso anterior. Suponía que de la agrupación le atraía sobre todo el arrojo que mostraban los compañeros y compañeras a la hora de enfrentar a los grupos adversarios, pero en el fondo sabía que FIRMES le gustaba porque usaba las armas. En la agrupación conoció a

Aldo, su nombre de combate, y se enamoró de su físico gatuno, sus ojos profundos y su sonrisa que aparecía repentina, como si él recordase de pronto alguna trastada que hubiera cometido.

Cuando Carolina se apeó del autobús en la parada frente a la Ciudadela Universitaria, advirtió que los primeros piquetes de las organizaciones estudiantiles que apoyaban a uno u otro candidato a rector habían tomado posición de los accesos, ostentando brazaletes que los identificaban, algunos portando carteles con los nombres de sus agrupaciones. Ellos serían los encargados de persuadir a los votantes, empleados, catedráticos, alumnos sobre su opción. Carolina pensó que Aldo, que integraba los grupos de combate, se habría pasado la noche vigilando los predios universitarios con el fin de impedir cualquier concentración adversaria con fines bélicos, con las armas listas. Sabía que compañeros de FIRMES de otras universidades del país, habían arribado para reforzar a la vanguardia.

Pero FIRMES, reflexionó ella, no exhibía sus armas nada más. Las usaba. De allí el temor y la repulsa que generaban entre los grupos guevaristas, moscovitas y maoístas, quienes los acusaban de agentes provocadores al servicio del gobierno y por supuesto de la

CIA. “No olviden, compañeros, que nuestros enemigos van a acusarnos siempre de lo peor”, solía insistir el Danés, recordaba Carolina de los cursos de instrucción. “Dirán que nos paga la dictadura militar, que el imperialismo nos financia, que la CIA nos ordena actuar, que somos unos delincuentes infiltrados. Pero es a los hechos a los que debemos remitirnos, somos una organización armada que quiere hacer la revolución en este país. Esto no debemos olvidarlo, compañeros”.

El *Danés* era el líder. A Carolina le parecía un hombre adulto y atractivo a pesar del ligero estrabismo que afectaba a sus ojos de un azul intenso. Además, era persuasivo, inteligente, sabía hablar bien, sus explicaciones las iba desmenuzando con la habilidad de un ilusionista que hipnotiza al público. Ahora prefería pensar en el Danés. Aldo, lo sabía, andaba engañándola con una coqueta de Trabajo Social, una tal Bruna.

Carolina supuso que los suyos se encontraban concentrados en algún rincón cercano al patio del Rectorado. En este ya se habían instalado las ánforas, ocho en total, pero por lo temprano de la hora, un cuarto para las siete, solo se veía a unas cuantas caras bostezantes y preocupadas por lo que podía ocurrir, ante las mesas de los sufragios.

Los de FIRMES no tratarían de persuadir a nadie sobre el voto, pensó Carolina mientras cruzaba a trancos largos el patio del Rectorado, su cabellera desmelenándose ante los golpes de viento frío. Ellos iban a mandar al carajo al proceso. “¿Entendido, compañeros?”, los había aleccionado el Danés la víspera; “el asunto es que las papeletas rueden por el suelo, que se anulen las elecciones”.

De un tiempo a esa parte, había advertido que las aproximaciones hacia ella del *Danés* ya no eran simplemente la del líder, sino que insinuaban algo más. La forma en que la miraba había cambiado, ya no lo hacía como un tipo, diez o doce años mayor. Esa mirada azul buscaba en ella una implicación más allá de la política.

Los compañeros ya estaban allí, formaban una hilera ordenada, casi militar. Con seguridad ocultaban en sus bolsos y mochilas piedras, pequeños garrotes o botellas vacías para usarlas en la refriega. El *Danés* además les dijo que podían llevar armas, pero que nada de disparos a no ser que fuera indispensable. Mentalmente, Carolina lo comparó con Aldo. Este en el esplendor de los veinte años; el Danés, sobre los treinta y tres o más. Rubio y de ojos azules el *Danés*, Aldo, moreno, de cabellos oscuros y encrespados.